

## LA TORRE DE BABEL, HERÓDOTO Y LOS PRIMEROS VIAJEROS EUROPEOS POR TIERRAS MESOPOTÁMICAS

JUAN-LUIS MONTERO FENOLLÓS  
*Universidade da Coruña*

Una copa de oro era Babilonia en manos de Yahveh,  
embriagaba toda la tierra;  
de su vino bebieron las naciones:  
por eso deliran.  
(*Jeremías*, 51, 7)

*Abstract:* Until the beginning of archaeological research in Babylon in 1899 the city was only known in Europe through the information provided by the Old Testament, classical geographers and historians (specially Herodotus), and the stories of many adventurers. In fact many western travellers, who for different reasons visited the Near East, sought the most important Mesopotamian city and its legendary tower, the Tower of Babel, using only the information provided by the Bible and classical sources.

La Torre de Babel es un edificio universalmente conocido gracias a su presencia en el Génesis junto a otros temas también ecuménicos, como la creación, el paraíso, el pecado o el diluvio. La construcción del mito bíblico que envuelve a este monumento tiene su origen en el siglo VI a.C., época en la que los hebreos fueron deportados al país del Tigris y del Éufrates para trabajar en el embellecimiento de Babilonia, ciudad deseada y temida, admirada y deshonrada, devastada y reconstruida como ninguna en la Antigüedad. Prueba de ello, es que los soberanos más carismáticos quisieron conquistarla e imprimir en ella su huella, bien embelleciéndola aún más (caso de Alejandro Magno) bien

destruyéndola (caso de Senaquerib). Babilonia se había convertido en el corazón espiritual e intelectual de la antigua Mesopotamia, que brillaba con luz propia sobre el mundo civilizado. Era el centro cósmico, el símbolo de la armonía del mundo, nacida de la pujanza de su dios supremo, Marduk, vencedor de las fuerzas del caos y organizador del universo. Este aspecto cosmológico está presente en la concepción arquitectónica de la ciudad, cuyo centro neurálgico era su célebre torre escalonada, un zigurat llamado Etemenanki por los babilonios<sup>1</sup>.

Hasta el desciframiento de los textos cuneiformes y el inicio de la exploración arqueológica del yacimiento por una misión germana, Babilonia sólo se conocía por la información aportada por el relato bíblico y por los geógrafos e historiadores de época clásica. Embriagados, sin duda, por la grandiosidad, el lujo y la exhuberancia que emanaban de las fuentes antiguas, diversos viajeros europeos se lanzaron a la búsqueda de la renombrada ciudad. El Antiguo Testamento y los clásicos, con Heródoto a la cabeza, eran su única guía. Y el objetivo no era otro que el de identificar y localizar la mítica Torre de Babel.

Uno de estos primeros occidentales que creyó haber localizado la célebre torre babilónica fue el rabino hispano Benjamín de Tudela, quien entre los años 1165 y 1170 realizó un largo periplo por el Oriente Próximo (Siria-Palestina, Mesopotamia y Egipto)<sup>2</sup>. Resultado de esta

---

<sup>1</sup> El estudio de J.C. Margueron: “Aux origines du plan de Babyblone”, en C. Breniquet–C. Kepinski (eds.): *Études mésopotamiennes. Recueil de textes offert à Jean-Louis Huot*, Paris 2001, pp. 341-345, no deja lugar a dudas sobre la función del Etemenanki como elemento generador y coordinador del plano urbanístico de la ciudad de Babilonia.

<sup>2</sup> Babilonia, *Bâbil* en árabe, también conservó un cierto recuerdo entre los geógrafos e historiadores árabes de la Edad Media. Es el caso de Ibn Khurdádbih, quien en el siglo IX reconocía que Babel era la sede de la primera monarquía y el centro del mundo; o de al-Mas’ûdî (s. X), que es uno de los pocos en ofrecer algunos detalles visuales de Babilonia, evocando las colinas bajo las que yacían sus ruinas. La Torre de Babel, cuya descripción bíblica era conocida por los musulmanes, fue puesta en relación con un versículo coránico (XVI, 26) por al-Bakrî en el siglo XI. Para este escritor, la torre, designada por el término hebreo *migdal*, fue construida por Nimrud y se elevaba cinco mil codos del suelo. Por último, cabe indicar que en el imaginario poético árabe Babilonia era sinónimo de brujería, bebida y orgías eróticas. Para más información al respecto véanse: C. Janssen: *Babil, the City of Witchcraft and Wine. The Name and the Fame of Babylon in Medieval Arabic Geographical Texts*, Gand 1995, y A. Vernay-Nouri: “Les traditions orientales. Babyllone dans la tradition arabe”, en B. André-Salvini (dir.): *Babylone*, Paris 2008, pp. 390-391.

experiencia personal es su *Libro de Viajes o Séfer-masa'ot*, en el que nos proporciona algunos datos de interés para la arqueología de la región, aunque sea de forma esporádica y ocasional<sup>3</sup>. Benjamín de Tudela nos suministra información útil para la investigación arqueológica, ya que, entre otras, nos habla de las ruinas de Babilonia, que ocupan según sus cálculos una extensión de 30 millas, y en las que “todavía se encuentra allí el palacio derruido de Nabucodonosor, y los hombres temen entrar en él debido a las serpientes y alacranes que hay en su interior”<sup>4</sup>. Por el contrario, comete el error de identificar las ruinas del zigurat de Birs Nimrud, la antigua Borsippa (a unos kilómetros al Sur de Babilonia), con los restos de la mítica Torre de Babel descrita en el libro del Génesis<sup>5</sup> (fig. 1). De esta misma opinión, es otro judío contemporáneo, Petahia de Ratisbonne, rabino de Bohemia, que visita Babilonia interesado en conocer las reliquias atribuidas al profeta Daniel<sup>6</sup>.

Benjamín de Tudela relató de la siguiente manera sus observaciones: “Desde allí hay cuatro millas hasta la Torre que edificaron los de la generación que vivió la separación de las razas, construida con ladrillos *ayûrra*. La longitud de su basamento es de como unas dos millas, su anchura como unos cuarenta codos y su longitud como unos doscientos codos. Cada diez codos hay caminos, y por ellos se sube, allí, en espiral, hasta arriba, viéndose desde allí una extensión de veinte millas, pues el país es llano. Desde los cielos cayó fuego en su interior partiéndola hasta lo más profundo...”<sup>7</sup>.

---

<sup>3</sup> Una excelente edición crítica en castellano es la de J. R. Magdalena Nom de Déu: *Libro de Viajes de Benjamín de Tudela*, Barcelona 1989. Véase del mismo autor, “Testimonios arqueológicos del Oriente Próximo reflejados en el *Séfer-Masa'ot* de Benjamín de Tudela (Siria-Palestina, Mesopotamia y Egipto)”, *Arbor* 180 (2005), pp. 465-488. La finalidad de esta larga travesía no era otra que la de conocer la situación de las comunidades judías de la cuenca del Mediterráneo y de Oriente. Describió las costumbres y los monumentos de las ciudades por donde pasó camino de estas comunidades. Su itinerario se inició en Tudela, en Navarra, para embarcarse en Marsella, desde donde vía Roma llegó hasta Constantinopla. Visitó, entre otras ciudades, Beirut, Damasco, Alepo, Mosul y Bagdad.

<sup>4</sup> J.R. Magdalena Nom de Déu, *op.cit.*, 1989, p. 96.

<sup>5</sup> F. Joannès-M. Sauvage, “Borsippa”, en: *Dictionnaire de la civilisation mésopotamienne*, Paris 2001, pp. 140-141.

<sup>6</sup> A. Invernizzi: *Il Genio Vagante. Viaggiatori alla scoperta dell'Antico Oriente*, Alessandria 2005.

<sup>7</sup> J.R. Magdalena Nom de Déu, *op.cit.*, 1989, pp. 96-97.

Tras el viaje de Benjamín de Tudela, tenemos algunas noticias de Sir John de Mandeville. En 1322 escribía que la Torre de Babel había sido construida por Nemrud, un bravo cazador que ejerció su dominio sobre un vasto territorio de Mesopotamia en aquella edad oscura que se extendía entre Noé y Abraham<sup>8</sup>. Posteriormente, se abrió en Occidente un período de “silencio” sobre el Oriente Antiguo de más de dos siglos, una etapa a la que pondrá fin el Renacimiento. A partir del siglo XVI diversos viajeros y aventureros, ilustrados de nuevo por la lectura de los clásicos y de la Biblia, se lanzarán a la exploración del Oriente Próximo antiguo con un viejo objetivo, localizar la ciudad de Babilonia y su célebre torre escalonada, así como los restos del gran Imperio persa<sup>9</sup>.

El nuevo viajero europeo del que tenemos constancia de su interés por visitar la Torre de Babel es el comerciante veneciano Cesare de Federici, que entre 1563 y 1581 realizó un largo viaje a la India oriental pasando por Mesopotamia. Inauguró una ruta que sería muy frecuentada en aquella época. Descendió el Éufrates desde Birecik a Faluyah, y desde aquí por tierra hasta Bagdad, conocida como la Nueva Babilonia. Se atrevió a identificar la Torre de Babel (que él denominó de Nimrud) con una enorme masa de ladrillos localizada en <sup>c</sup>Aqarquf, restos que no eran otra cosa que las ruinas del zigurat de la antigua ciudad kasita de Dur-Kurigalzu<sup>10</sup> (fig. 2). Esta misma, e incorrecta, identificación será realizada en fechas similares por otros viajeros, debido a que llegaban a Bagdad por una ruta que pasaba cerca de las ruinas de <sup>c</sup>Aqarquf. Éstos fueron los casos, por citar algunos, de otro mercader veneciano, Gasparo Balbi<sup>11</sup>, en 1588, del médico germano Leonhardt Rauwolff, que viajó por Oriente entre los años 1573 y 1576, recogiendo numerosa documentación sobre cuestiones de botánica y

---

<sup>8</sup> E.A.W. Budge: *The Rise and Progress of Assyriology*, London 1925, pp. 59-60. En el Génesis 10, 9 se afirma que Nemrud reinó, entre otras ciudades, en Babel.

<sup>9</sup> Algunas obras de síntesis sobre la historia de esta primera etapa de la investigación arqueológica en Mesopotamia son las de: E.A.W. Budge, *op. cit.*, London 1925, L. Speleers: *Les fouilles en Asie Antérieure à partir de 1843*, Liège 1928, A. Parrot: *Archéologie mésopotamienne. Les étapes*, Paris 1946, S. Lloyd: *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, London 1980, E. Gran-Aymerich, *El Nacimiento de la Arqueología moderna, 1798-1954*, Zaragoza 2001, y A. Invernizzi, *op. cit.*, 2005.

<sup>10</sup> O. Pinto (ed.): *Viaggi di C. Federici e G. Balbi alle Indie Orientali*, Roma 1962, p. 5.

<sup>11</sup> O. Pinto (ed.), *op.cit.*, 1962, p. 96.

farmacología<sup>12</sup> y, en 1583, del comerciante inglés John Elred, que midió el monumento y tomó notas sobre la técnica constructiva<sup>13</sup>.

En 1604, Pedro Teixeira, un hebreo portugués, viajó por la región de Bagdad y pasó cerca del lugar ocupado por la ciudad de Babilonia. Aunque Teixeira no se interesó por las ruinas de la ciudad, su relato contiene la primera identificación correcta de la gran metrópoli babilónica. De hecho, denuncia la confusión reinante entre los viajeros occidentales de la época cuando afirmaban que Bagdad era la antigua Babilonia. Aclaró, que la ciudad que está situada junto al Tigris fue fundada mucho después de la Babilonia bíblica, que además estaba atravesada por el río Éufrates<sup>14</sup>. Así mismo, Teixeira fue el primer viajero europeo en no interpretar las ruinas de Aqarqf como los restos de la antigua Torre de Babel, sino con los de otra gran ciudad desconocida.

A comienzos del siglo XVII el caballero romano Pietro della Valle recorrió el Oriente Próximo, visitando diversos campos de ruinas arqueológicas. En noviembre de 1616 viajó a la antigua Babilonia y de ella realizó una minuciosa descripción al quedar admirado por la enorme masa de ruinas y la calidad del adobe con el que se construyó la ciudad. Exploró Tell Babil, al Norte de Bagdad, pensando, con buen criterio de pervivencia toponímica, que esa colina de ruinas debía indicar la localización de la antigua torre de Babilonia. Hoy sabemos que bajo esa colina se encontraba el llamado “palacio de verano” de Nabucodonosor II. Pese al error, examinó y describió con un espíritu científico extremadamente moderno los restos arqueológicos, tanto que se le puede considerar el primer orientalista verdadero. Pero su correcta identificación de Babilonia tardará aún en imponerse<sup>15</sup>. De hecho, en 1658, Giuseppe Sebastiani y el padre carmelita Vincenzo Maria de Santa Caterina de Siena, en su peregrinación por tierras orientales, visitaron

---

<sup>12</sup> A. Parrot, *op. cit.*, 1946, pp. 14-15.

<sup>13</sup> E.A.W. Budge, *op. cit.*, 1925, p. 60

<sup>14</sup> J.J. Fuente del Pilar: “Pedro Teixeira y su viaje por Mesopotamia”, *Arbor* 180 (2005), pp. 627-643.

<sup>15</sup> A. Invernizzi, (ed.): *Pietro della Valle. In viaggio per l'Oriente*, Alessandria 2002, p. 29.

Bagdad e identificaron nuevamente la torre bíblica con la actual Birs Nimrud<sup>16</sup>.

El matemático danés Karsten Niebuhr representó un nuevo paso dentro del descubrimiento del Oriente antiguo, caracterizado por un mayor rigor. Entre 1761 y 1767 dirigió una expedición patrocinada por el rey Federico V, gracias a la cual visitó y exploró diferentes lugares de Egipto, Siria, Irán, Palestina y Arabia. Los resultados se publicaron en 1780 bajo el título *Voyage en Arabie et en d'autres pays circonvoisins*<sup>17</sup>. En Mesopotamia, se detuvo en el Éufrates para visitar una zona de ruinas que los habitantes de la región llamaban *Ard Babel* y que él interpretó, de acuerdo con la toponimia, como los vestigios de la antigua Babilonia. En sus cercanías identificó una gran colina de ladrillos que, a su juicio, pertenecía a una torre cuyo núcleo estaba atravesado por pequeños conductos para impedir la concentración de la humedad. A partir de la lectura del libro primero de Heródoto, llegó a la conclusión de que se trataba de los restos arquitectónicos del templo de Belo y de su torre, la bíblica Babel. El guía local que le acompañó por la zona le indicó que esa torre recibía el nombre de Birs Nimrud. Hoy sabemos que es el zigurat de la antigua Borsippa, ciudad satélite de Babilonia.

De notable interés para el tema que nos ocupa son también los estudios del abad Joseph de Beauchamp, vicario general en Bagdad durante los años 1781-1785. Este religioso, miembro además de la *Académie des Sciences* de París, sentía una enorme atracción por el pasado de Mesopotamia, así que aprovechó su estancia en esta región para visitar los yacimientos cercanos a su residencia. Gracias a su formación científica Beauchamp realizó una detallada descripción de las ruinas de Babilonia; y con la ayuda de nativos sacó a la luz ladrillos de la muralla de la ciudad, cerca al parecer de la puerta de Istar<sup>18</sup>. Así mismo, pone en duda la identificación de Tell Babil con la torre babilónica. La publicación de sus trabajos de campo en París, en 1790, despertó un gran interés en los ámbitos científicos de la época.

---

<sup>16</sup> A. Parrot, *op. cit.*, 1946, pp. 15-16; A. Invernizzi: "Les premiers voyageurs", en B. André-Salvini (dir.): *Babylone*, Paris 2008, p. 506.

<sup>17</sup> K. Niebuhr: *Voyage en Arabie et en d'autres pays circonvoisins*, Amsterdam 1870, p. 236.

<sup>18</sup> A. Parrot, *op. cit.*, 1946, p. 20; E.A.W. Budge, *op. cit.*, 1925, p. 63.

Con el siglo XIX se inicia una nueva etapa en el estudio de antiguo Oriente y de la Torre de Babel, que está marcada por la proliferación de viajeros y exploradores desplazados hasta estas tierras, generalmente por motivos profesionales (negocios, diplomacia, militares, etc.), y por la intensificación de las investigaciones. Esta etapa culminará en 1842 con el inicio de las primeras excavaciones arqueológicas en varias ciudades del antiguo Imperio asirio.

Con el crecimiento de los intereses económicos del Imperio británico en Oriente, la Compañía de las Indias de Londres decidió abrir nuevas oficinas en Bagdad y Basora y enviar nuevo personal para controlar el intenso tráfico comercial que, procedente de la India, se dirigía a Occidente a través de la región del Tigris y el Éufrates. Así, en 1807, Claudius James Rich, gran conocedor de las lenguas orientales gracias a sus múltiples viajes por Damasco, Alepo, y Bagdad, es nombrado residente de la Compañía de las Indias en Bagdad y cónsul general<sup>19</sup>. Con él, las descripciones y análisis de las ruinas mesopotámicas adquieren un carácter más científico, ya que Rich no se dejó absorber por sus obligaciones oficiales y decidió explorar los monumentos antiguos de la región con exactitud y cierto método. Siguiendo estas premisas levantó un plano topográfico completo del gran campo de ruinas de Babilonia, algo que no se había realizado hasta el momento. Además, examinó con detalle las ruinas de Birs Nimrud, llegando a la interesante conclusión de que podrían no ser los restos de la célebre torre babilónica. Considera que Tell Babil era un buen candidato para ser la ubicación de los famosos jardines colgantes.

La obra de Rich, *Memoir on the Ruins of Babylon*, atrajo a Babilonia a numerosos visitantes. Éste es el caso de otro explorador inglés, James Silk Buckingham, que en 1816 inició una larga expedición por Egipto, Palestina y Siria, que le conduciría finalmente a Bagdad, donde entabló amistad con Rich. El viajero británico visitó Babilonia con el doble objetivo de comprobar los datos aportados por el relato del historiador griego Heródoto y de precisar las descripciones efectuadas por sus predecesores. Su tarea se centra, sobre todo, en establecer y concretar la extensión exacta de la ciudad. Pese a ello, Buckingham volvió a caer en

---

<sup>19</sup> E.A.W. Budge, *op. cit.*, 1925, p. 64; J. Taylor: “Les explorateurs britanniques au XIXe siècle”, en B. André-Salvini (dir.), *Babylone*, Paris 2008, p. 508.

el error de interpretar Birs Nimrud, donde sitúa el límite occidental de la gran metrópoli babilónica, como la Torre de Babel, que según sus cálculos debía estar formada por cuatro terrazas<sup>20</sup>.

Unos años más tarde, en 1818, apareció por Oriente la figura del pintor inglés sir Robert Ker Porter, quien al igual que su antecesor se instaló en la residencia del cónsul de Inglaterra en Bagdad. Como otros muchos viajeros, Porter se desplazó hasta Birs Nimrud con la convicción absoluta de que se encontraba ante la bíblica Torre de Babel. Pero a diferencia de sus antecesores, realizó un estudio pormenorizado del monumento con el objetivo de conocer la época en la que fue construido. Con una gran dosis de fantasía alejada de cualquier evidencia, concluyó que la torre de Birs Nimrud era el resultado de tres fases constructivas. El primer edificio sería obra del personaje bíblico de Nemrud, que la cólera divina había demolido parcialmente. La reina Semíramis y el rey Nabucodonosor lo habrían restaurado. La destrucción final la atribuyó al rey persa Jerjes<sup>21</sup>.

Si hasta aquí los exploradores del antiguo Oriente eran esencialmente religiosos, comerciantes e intelectuales, ahora aparecerán en escena por primera vez los militares. Entre ellos, cabe destacar la figura del capitán Robert Mignan, jefe de la escolta de la residencia inglesa en la ciudad de Basora. En 1827, aprovechando la seguridad que le otorgaba su cargo exploró comarcas del actual Iraq no muy frecuentadas hasta aquel entonces por el carácter poco hospitalario de sus habitantes. Visitó los yacimientos clásicos de la zona de Bagdad (Aqarquf, Babilonia y Birs Nimrud), pero a diferencia de muchos de sus antecesores descartó que este último yacimiento albergara las ruinas de la famosa Torre de Babel. Mignan no se contentó con un estudio superficial de Babilonia, puesto que llevó a cabo algunas excavaciones con el fin de encontrar objetos que contribuyeran a mejorar el conocimiento de la gran capital mesopotámica. Así, en la colina conocida por los árabes como Qars, un grupo de obreros sacó a la luz bajo sus órdenes un enlosado de ladrillos con inscripciones cuneiformes, así como algunos sellos y un gran cilindro inscrito<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> A.Parrot, *op. cit.*, 1946, pp. 25-26; E.A.W. Budge, *op. cit.*, 1925, p. 65.

<sup>21</sup> A.Parrot, *op. cit.*, 1946, p. 27.

<sup>22</sup> A.Parrot, *op. cit.*, 1946, pp. 28-29.



En 1840, el gobierno francés encargó al arquitecto Eugène Flandin y al pintor Pascal Coste la misión oficial de catalogar los monumentos epigráficos, arquitectónicos y escultóricos de Persia y Mesopotamia. En esta última región el trabajo fue selectivo, ya que sólo realizaron planos de Ctesifonte y Babilonia en los que registraron todo lo que aún era visible<sup>23</sup>.

Con esta empresa se puede dar por finalizado el estudio superficial del antiguo Oriente. Si se deseaba progresar en la investigación era necesario pasar a una nueva etapa, a la excavación de aquellos montículos de ruinas y adobe; los estudios de superficie habían agotado sus posibilidades. En diciembre de 1842 una cuadrilla dirigida por el diplomático francés Paul Émile Botta dio los primeros golpes de azada en la colina de Kuyunyik, la antigua Nínive<sup>24</sup>. El descubrimiento de la civilización asiria estaba en marcha, así como un nuevo período dominado por la rivalidad entre Francia e Inglaterra<sup>25</sup>.

En 1852, la expedición científica y artística francesa en Mesopotamia y Media, formada por el ingeniero Fulgence Fresnel, el filólogo Jules Oppert y el arquitecto Félix Thomas, llevó a cabo nuevos sondeos en diferentes colinas de Babilonia, pero sin grandes resultados. Lo más destacable de esta misión fue sin duda la realización de un nuevo plano de las ruinas de la ciudad<sup>26</sup>. Cinco años más tarde Oppert publicaba en *Journal Asiatique* un estudio bajo el significativo título de “Inscription de Borsippa, relative à la restauration de la Tour des langues, par Nabuchonodossor”. Se trataba de un cilindro de fundación, encontrado por el inglés Henry Rawlinson en Birs Nimrud. Este artículo sustentaba de nuevo la hipótesis generalizada de localizar la Torre de Babel en este lugar al Norte de Babilonia. Fruto de esa rivalidad franco-inglesa, son las campañas de excavación que entre los años 1854 y 1879 organiza el

---

<sup>23</sup> A. Parrot, *op. cit.*, 1946, p. 31.

<sup>24</sup> Sobre el descubrimiento de la civilización asiria véase: E. Fontan (ed.): *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*, Paris 1994, y M.G. Larsen: *La conquête de l'Assyrie, 1840-1860. Histoire d'une découverte archéologique*, Paris 2001.

<sup>25</sup> N. Chevalier: *La recherche archéologique française au Moyen-Orient, 1842-1947*, Paris 2002, pp. 46-58.

<sup>26</sup> A.Parrot, *op. cit.*, 1946, pp. 76-84 y N. Chevalier: “Les fouilles archéologiques françaises au XIXe siècle”, en B. André-Salvini (dir.): *Babylone*, Paris 2008, p. 513.

British Museum en Babilonia, bajo la dirección de Henry Rawlinson, George Smith y Hormuzd Rasam, entre otros<sup>27</sup>.

No será hasta finales del siglo XIX cuando Alemania entre en escena, al enviar en 1887 al arquitecto Robert Koldewey a excavar los tells de al-Hibba y Surghul, en Súmer. Pese a lo prometedor de esta empresa, los resultados fueron decepcionantes. El éxito de Koldewey se resistiría aún algunos años, concretamente hasta 1899, con la primera exploración metódica de la antigua ciudad de Babilonia, que permitiría encontrar por fin el verdadero emplazamiento de la Torre de Babel<sup>28</sup>. Esta importante empresa arqueológica tiene su origen en la creación un año antes de una sociedad, la *Deutsche Orient-Gesellschaft*, patrocinada por el emperador Guillermo II. Bajo sus auspicios, el 26 de marzo de 1899 Koldewey iniciaba los trabajos de campo en Babilonia, una actividad que se prolongaría sin interrupción hasta 1917<sup>29</sup>. Influida por la lectura de los clásicos y con la ayuda de los planos topográficos levantados por ingleses y franceses, empezó a desenterrar los principales edificios de la ciudad de época neobabilónica: el palacio, las murallas, la puerta de Ištar, la vía procesional, los templos, etc. La excavación del zigurat, la célebre torre de pisos, se inició en 1913<sup>30</sup>. Tras una larga búsqueda, se tenía la total certeza de haber encontrado el emplazamiento exacto de la Torre de Babel.

---

<sup>27</sup> E.A.W. Budge, *op. cit.*, 1925, pp. 129ss.; Taylor, *op. cit.*, 2008, p. 511.

<sup>28</sup> B. Fagan: “Koldewey, Robert”, en E.M. Meyers (ed.): *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, vol. 3, New York–Oxford 1997, p. 303.

<sup>29</sup> R. Koldewey: *The Excavations at Babylon*, London 1914 y R. Koldewey: *Das wieder erstehende Babylon*, Berlin 1925 (nueva edición de B. Hrouda, 1990). Una buena síntesis sobre las excavaciones alemanas en Babilonia puede verse en J. Marzahn: “Les fouilles archéologiques allemandes”, en B. André-Salvini (dir.): *Babylone*, Paris 2008, pp. 516-525.

<sup>30</sup> F. Wetzel–F.H. Weissbach: *Das Hauptheiligtum des Marduk in Babylon, Esagila und Etemenanki*, Osnabrück 1967 (ed. original de 1938). Entre 1962 y 1965 otro equipo alemán, en esta ocasión bajo la dirección de H. Schmid, volvió a intervenir arqueológicamente en el zigurat babilónico (cf. J. Marzahn, *op. cit.*, 2008, p. 525). Los sondeos efectuados sobre el corazón del edificio pusieron en evidencia la técnica constructiva empleada y las diferentes fases arquitectónicas. El núcleo era de adobe secado al sol y cada siete hiladas había una capa o cama de cañas. Esta técnica parecía pertenecer a los restos de un zigurat arcaico. Los restos de este zigurat más antiguo serían reutilizados por los reyes Nabopolasar y Nabucodonosor II para construir lo que la Biblia bautizó con el nombre de Torre de Babel (cf. H. Schmid: *Der Tempelturm Etemenanki in Babylon*, Mainz 1995).

Lamentablemente, transcurridos más de dos milenios de abandono, pillaje y destrucción, lejos de ser el impresionante monumento descrito por el Génesis y buscado por no pocos aventureros, se trataba tan sólo de un sencillo núcleo de adobe (fig. 3). Por su precario estado de conservación y por su pobreza constructiva, los restos conservados de la torre estaban muy lejos de lo que la imaginación humana había construido durante siglos. Pese a esta decepción inicial, lo más destacable de estos trabajos es que nos proporcionaron algunas de las características básicas de la torre. Era un edificio de planta cuadrada de algo más de 91 metros de lado, y poseía una escalera central de 60 metros de largo, así como otros dos accesos laterales.

La excavación de Babilonia y de otras importantes ciudades mesopotámicas proporcionaron nuevas inscripciones cuneiformes, que una vez descifradas aportaron valiosos datos sobre la Torre de Babel. A las fuentes bíblicas y clásicas, que durante siglos habían inspirado a viajeros y eruditos occidentales a buscar por el antiguo Oriente tan emblemático monumento, había que añadir ahora la información proporcionada por los documentos escritos sobre piedra y arcilla por los escribas babilónicos<sup>31</sup>.

El código legal del rey Hammurapi contiene posiblemente una de las primeras alusiones a la Torre de Babel, el zigurat que los babilonios llamaban Etemenanki (“Casa –que es el– fundamento del cielo y de la tierra”). Precisamente, en el epílogo de la célebre estela paleobabilónica se habla del templo (literalmente casa –*bītum*–) cuyos cimientos son tan sólidos como los cielos y la tierra<sup>32</sup>.

En el llamado *Poema de la Creación* o *Enuma Eliš*, una composición épica donde se exalta al dios Marduk y a Babilonia como centro del mundo cósmico, se nos habla de la construcción de la Babilonia celeste, prototipo de la Babilonia terrestre. La tablilla VI del poema, cuya versión

---

<sup>31</sup> Un excelente trabajo sobre la historia de la Torre de Babel a través de la arqueología y los textos antiguos es el reciente artículo de A. George: “The Tower of Babel: archaeology, history and cuneiform texts”, *AfO* 51 (2005), pp. 75-95.

<sup>32</sup> J. Sanmartín: *Códigos legales de tradición babilónica*, Madrid 1999, p. 150 (XLVII, 59-78). Restos de un zigurat arcaico en Babilonia (quizás de época Paleobabilónica) han sido documentados en el emplazamiento de la Torre de Babel por H. Schmid: “The history of the construction of the ziggurat in Babylon according to the results of the excavations in 1962”, *Sumer* 41 (1982), pp. 44-47 y G. Bergamini: “Levels of Babylon reconsidered”, *Mesopotamia* 12 (1977), pp. 139-150.

canónica suele fecharse en el reinado de Nabucodonosor I, alude nuevamente a la existencia de la célebre torre de pisos al referirse a la construcción en el Esagil (el recinto sagrado del dios Marduk) de una alta torre con gradas en la que establecieron su morada los dioses Anu, Enlil y Enki<sup>33</sup>.

Del mismo período histórico, finales del siglo XII a.C., es un texto topográfico conocido desde la Antigüedad como *Tintir* (= Babilonia) en el que se ensalza a Babilonia como centro del mundo. Este largo memorándum de cinco tablillas consiste en una descripción detallada de la topografía religiosa de Babilonia, bajo la forma de un inventario de templos y capillas, así como de barrios, calles, puertas, murallas, etc. El centro físico y religioso de la ciudad, ubicado en el barrio que recibe el nombre de Eridu, es el lugar donde se ubica el Etemenanki, la Torre de Babel, a la que se define como la réplica del Ešarra (“Casa de la totalidad”)<sup>34</sup>.

De época Neobabilónica, se conservan diversas inscripciones de los reyes Nabopolasar y Nabucodonosor II referidas a las importantes obras de restauración que acometieron, por mandato expreso del dios Marduk, en la célebre torre babilónica. El objetivo era el de construir una nueva y más firme fundación en el mundo subterráneo y una cima que llegase hasta el cielo, para situar en ella la alta montaña de Marduk, un templo de color azul lapislázuli<sup>35</sup>.

La información más precisa y preciosa sobre el Etemenanki procede de la denominada tablilla del Esagil, un documento fechado en 229 a.C., que es copia de un original babilónico más antiguo<sup>36</sup>. Hasta el momento, era el único testimonio de lo que debió ser la superestructura de la Torre de Babel. De hecho, todas las hipótesis modernas de reconstrucción del monumento se basan directamente en el análisis de este texto. Sin él, no se habría podido conjeturar cuáles fueron su forma y sus dimensiones,

---

<sup>33</sup> B. Foster: *Before the Muses. An Anthology of Akkadian Literature*, Bethesda 2005, tablilla VI, 62-64.

<sup>34</sup> A. George: *Babylonian Topographical Texts*, Leuven 1992, pp. 1-72.

<sup>35</sup> M.P. Streck: “Nebukadnezar II. A. Historich. König von Babylon (604-562)”, *RIA* 9 (1999), pp. 194-200, S.H. Langdon: *Die neubabylonischen Königsinschriften*, Leipzig 1912, p. 98, F. Wetzels-F.H. Wiessbach, *op. cit.*, 1967, pp. 41-49, B. André-Salvini (dir.), *Babylone*, Paris, 2008, p. 23.

<sup>36</sup> A. George, *op. cit.*, 1992, pp. 109-119.

puesto que nos proporciona una descripción cifrada de los principales monumentos del santuario de Marduk. Según la lectura habitual del documento, el Etemenanki tenía una altura total de 90 metros<sup>37</sup>. Sin embargo, la tablilla da origen a un edificio asombroso, ya que una construcción de esta envergadura constituye una anomalía en los anales de la arqueología mesopotámica.

En este contexto, una pregunta se impone: ¿El zigurat de la tablilla del Esagil corresponde a una realidad arquitectónica antigua? La tablilla es un documento clave para la metrología babilónica, pues describe en términos metrológicos un monumento según dos sistemas de medidas: el sistema kasita y neobabilónico arcaico y el sistema neobabilónico estándar, diferentes por la longitud del codo. El texto es el enunciado de un problema que se inscribe en la larga tradición matemática babilónica. Este texto hace pensar que los profesores se servían de las torres escalonadas para enseñar a sus alumnos geometría y aritmética<sup>38</sup>. Por lo tanto, este documento no fue redactado como el anteproyecto de un arquitecto para la eventual construcción del zigurat de Babilonia. Es probable que las cifras del texto sean hipotéticas, aunque describan una realidad arquitectónica<sup>39</sup>. El contenido de la tablilla remite más a un ideal académico que al verdadero plano cifrado de un arquitecto. Las excavaciones arqueológicas han confirmado que las medidas de la base del zigurat inscritas en el texto se corresponden con la realidad (91 metros de lado), pero esto no significa que estemos obligados a aceptar como ciertas el resto de las cifras del documento.

Un zigurat construido a partir de las dimensiones de la tablilla del Esagil da como resultado un edificio de 90 metros de altura y casi ¡400.000 toneladas de tierra! El edificio resultante sería tan alto como un inmueble contemporáneo de treinta pisos, que desafía las leyes de la

---

<sup>37</sup> Una excelente recopilación de las diferentes propuestas de reconstrucción del zigurat de Babilonia, basadas en esta lectura de la tablilla del Esagil, es la realizada por H. Schmid: "Rekonstruktionsversuche und Forschungsstand der Zikkurra von Babylon", en R. Koldewey: *Das wieder erstehende Babylon* (herausgegeben von B. Hrouda), München 1990, pp. 303-341.

<sup>38</sup> Otro texto metrológico relacionado con un zigurat de siete pisos se conserva en el British Museum como originario de Babilonia (cf. D.J. Wiseman: "A Babylonian Architect?", *Anatolian Studies* 22 (1972), pp. 141-147).

<sup>39</sup> A. George, *op cit.*, 2005 y A. George, *op.cit.*, 1992, p. 111.

estática y la resistencia de un material como el adobe. Una torre de estas dimensiones es algo anormal en la tradición arquitectónica mesopotámica. La conclusión a la que se llega resulta evidente: todas las propuestas de reconstrucción de la torre inspiradas en esta lectura son irrealizables, ya que un monumento de esa envergadura era imposible de edificar con los materiales de aquella época. El empleo del adobe limitaba de forma considerable la altura de los edificios.

Partiendo de la premisa de que la interpretación tradicional de la tablilla del Esagil no parece la adecuada, el arquitecto suizo Jacques Vicari ha ofrecido una nueva explicación, que reduce considerablemente la altura de la Torre de Babel. Según su teoría, es necesario comprender la tablilla no como si el observador o escriba hubiera estado situado delante del zigurat y lo describe, si no como si hubiera estado instalado en la cima del tercer piso y lo hubiera observado desde este punto. Por consiguiente, el observador habría anotado las distancias a cada piso desde su posición y no las medidas de cada uno de ellos. Por ejemplo, la base se encontraba a 33 metros de su posición (tres pisos), mientras que en la lectura tradicional esta medida se corresponde sólo con la del primer piso. El resultado es un monumento de 66 metros de alto, incluido el templo de la cima (¿12 m?), es decir, un edificio técnicamente viable<sup>40</sup>. La lectura de Vicari, si bien puede ser discutible, es la única que permite aventurar una hipótesis sobre la forma y altura del zigurat de Babilonia dentro de los parámetros de la lógica constructiva. De hecho, en 1892, el arquitecto inglés William Lethaby, autor del primer ensayo serio de reconstrucción del Etemenanki, a partir de los datos de la tablilla del Esagil (90 metros de altura), pensaba que la traducción de las cifras mesopotámicas al sistema de medidas inglés era errónea, ya que el resultado le parecía misterioso en lo referente al volumen y la estabilidad. Por este motivo, propuso muros inclinados para asegurar la estabilidad de los dos primeros pisos (51 metros en total) del zigurat<sup>41</sup>.

Antes de que estos documentos cuneiformes comenzaran a ver la luz gracias a la investigación arqueológica en la región, el Antiguo Testamento y, sobre todo, los autores clásicos eran nuestra única fuente

---

<sup>40</sup> J. Vicari: *La Tour de Babel*, Paris 2000, p. 36 (hay traducción al castellano, publicada en 2006 en México D.F.).

<sup>41</sup> W.R. Lethaby: *Architecture, mysticism and myth*, London 1892, p. 129.

de información para rehacer la historia de Mesopotamia. Sin embargo, el grado de fiabilidad de los geógrafos e historiadores greco-romanos es variable. No en vano, las fuentes clásicas tienen una importante limitación derivada del hecho de no ser coetáneas a los acontecimientos que describen. Así, por ejemplo, Heródoto escribió sobre Babilonia casi un siglo después de la toma de la ciudad por los persas. Mucho más llamativos son los casos de Diodoro y Estrabón, quienes redactaron sus obras varios siglos más tarde para ofrecernos su particular visión sobre el Oriente. Éstos y otros autores, todos posteriores a la civilización asirio-babilónica, ofrecen una historia un tanto deformada y fantástica, donde la leyenda ocupa un lugar destacado. Por ello, no siempre resulta fácil hacer un uso históricamente adecuado de la documentación de los clásicos, pues no es sencillo verificar la exactitud de algunos de los datos.

Hasta que Robert Koldewey inició sus trabajos arqueológicos en Babilonia, hace algo más de un siglo, el relato de los clásicos era la principal fuente documental disponible en Europa para reconstruir la historia de la célebre ciudad mesopotámica. ¿Qué visión nos ofrecen los autores grecorromanos sobre la Torre de Babel? En general, se trata de una visión mitificada y grandiosa de la capital babilónica y de su famosa torre, no exenta de discrepancias, imprecisiones y ciertas vaguedades. No por ello, sus aportaciones dejan de ser útiles para el historiador moderno.

Cuando los griegos entraron en contacto directo con Oriente, los grandes imperios mesopotámicos ya no existían; los persas habían levantado sobre sus ruinas una nueva entidad política. Heródoto de Halicarnaso fue el primer historiador griego que nos ha dejado un relato de interés sobre Mesopotamia casi un siglo después de la toma de Babilonia por Ciro en 539 a.C. Su objetivo principal no era otro que el de narrar y explicar el conflicto bélico que enfrentó a griegos y persas. Esto no le impidió describir previamente las tierras y pueblos que en su proceso de expansión imperial había ido anexionándose el que era el enemigo helénico por antonomasia por aquellas fechas. Así, nos describe la expansión del dominio territorial de Persia sobre Babilonia, Lidia, Escitia y Egipto. En este contexto histórico dominado por la política militar del rey Ciro, Heródoto nos proporciona una magnífica descripción de la ciudad de

Babilonia y de las costumbres de sus habitantes<sup>42</sup>. No hay, sin embargo, unanimidad de criterios entre los estudiosos cuando se intenta dilucidar si esta descripción fue el fruto de una experiencia personal o, por el contrario, fue el resultado de información de segunda mano transmitida vía oral<sup>43</sup>. Resulta difícil afirmar de forma categórica si Heródoto visitó o no Babilonia hacia el año 450 a.C., justo antes de viajar a Egipto y Fenicia. Sin embargo, los datos disponibles sugieren una respuesta afirmativa, pues sus observaciones, en ocasiones un poco superficiales, son en general justas y de gran utilidad para el investigador. Una serie de expresiones y comentarios utilizados por Heródoto a la hora de describir Babilonia apuntan hacia la hipótesis de que su testimonio sobre la capital mesopotámica es de primera mano<sup>44</sup>. No obstante, da la impresión de que el viajero griego se contentó con la información que le proporcionó un guía, un intérprete o un habitante de la ciudad, puesto que él habla, por ejemplo, de una longitud total de 480 estadios (es decir ¡85'24 km!) para sus

---

<sup>42</sup> Véanse, entre otros, los estudios de F. Wetzel: "Babylon zur Zeit Herodotus", *ZA* 48 (1944), pp. 45-68, J. MacGinnis: "Herodotus' Description of Babylon", *BICS* 33 (1986), pp. 67-86, y R. Rollinger: *Herodotos babylonischer Logos*, Innsbruck 1993.

<sup>43</sup> Es evidente que la información oral dominaba cuantitativamente el material a disposición de Heródoto. Un cálculo aproximado realizado por K.H. Waters: *Heródoto, el historiador*, México D.F. 1990, p. 75 sugiere por lo menos cinco a uno en favor de la comunicación oral. Pero sabemos, también, que Heródoto había realizado diversos viajes por los ámbitos griego y bárbaro, lo que lógicamente le aportó una considerable experiencia (cf. T.S. Brown: "Herodotus' Travels", *Ancient World* 17 (1988), pp. 67-75). Gracias a ella, el historiador pudo manejar informaciones de primera mano tanto de su propia observación personal como de las conversaciones mantenidas con informantes o guías locales. Esta última vía implicaba el uso de intérpretes, cuando se trataba de países extranjeros, cuya honestidad o capacidad para la traducción no siempre estaba garantizada. La obra de Heródoto es, en definitiva, el complejo resultado de la combinación indistinta, y a veces contradictoria, de sus observaciones personales, de las noticias de otros viajeros anteriores, de sus entrevistas con guías nativos y del empleo de la deducción. Y todo ello, dentro de esa tendencia a ver las cosas desde un punto de vista helenocéntrico; es la llamada *interpretatio graeca*. Una excelente síntesis sobre los principales detractores y defensores de la utilidad histórica de la obra herodotea es la de E.M. Yamauchi: "Herodotus. Historian or Liar?", en, G.D. Young *et al.* (eds.): *Crossing Boundaries and Linking Horizons*, Maryland 1997, p. 601.

<sup>44</sup> "–que todavía existía en mis días–" (I, 181), "Esos mismos sacerdotes [caldeos] sostienen –aunque para mí sus palabras no son dignas de crédito–" (I, 182), o "Yo no la he visto, simplemente repito lo que dicen los caldeos" (I, 183).



célebres murallas<sup>45</sup>. Es evidente que no verificó experimentalmente las cifras que nos ofrece en su relato<sup>46</sup>.

La Babilonia que nos describe Heródoto no era ya la capital de los grandes monarcas neobabilónicos, si no una ciudad que llevaba casi un siglo bajo dominio persa<sup>47</sup>. A pesar de ello, ésta conservaba su importancia política y económica. Así lo demuestra su transformación en cabeza de una de las satrapías más florecientes del imperio y su utilización como residencia real aqueménida, junto a Susa y Ecbatana<sup>48</sup>. Si suponemos, como parece probado, que Heródoto visitó Babilonia en torno al año 450 a.C., la ciudad que nos describe el historiador fue aquella que se encontraba bajo el gobierno del rey Artajerjes I. Este monarca representa una etapa de recuperación para la capital, tras un período dominado por la sublevación

---

<sup>45</sup> Historia, I, 178. Las dificultades que era preciso superar para conseguir información sobre las regiones más remotas, como el Oriente, eran ciertamente considerables. El historiador Polibio (III, 58-59) justificaba en el siglo II a.C. los errores y omisiones cometidos por sus predecesores a la hora de escribir sobre pueblos y países lejanos: "... es muy difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que algunos lugares son incivilizados, y otros están desiertos. Todavía es más difícil conocer y aprender de palabra lo que sea, por la diferencia de las lenguas. Incluso si se llegara a conocerlas, es aún más arduo que las cosas precedentes usar con moderación de este conocimiento, rechazar lo fantástico y lo monstruoso y honrar la verdad por el honor que cada cual se debe a sí mismo, sin narrar nada que no responde a la realidad. En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prácticamente imposible una descripción ajustada a la realidad de las regiones citadas, por lo cual no debemos reprochar a los historiadores sus errores y omisiones. Lo justo es admirarse por lo que conocieron y progresaron en el conocimiento de estas materias en sus épocas".

<sup>46</sup> Realmente, las murallas de Babilonia no superaban los 18 kilómetros, según nos indica la arqueología. Erróneo es también el resto de las dimensiones aportadas sobre la muralla (ancho y alto de 26'25 y 105 metros, respectivamente), o que ésta contaba con cien puertas, cuando en realidad no superaban la docena (cf. J.C. Margueron, *op.cit.*, 2001, pp. 470-473).

<sup>47</sup> Sobre la dominación aqueménida en Babilonia véase: A.L. Oppenheim: "The Babylonian Evidence of Achaemenian Rule in Mesopotamia", en I. Gershevitch (ed.): *The Cambridge History of Iran, vol.2*, Cambridge 1985, pp. 529-587.

<sup>48</sup> Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 6, 22. Koldewey encontró en Babilonia un edificio que reúne todas las características de los palacios aqueménidas, como el pórtico con dos torres cuadradas, la gran sala hipóstila, o los paneles esmaltados donde se representaba a los 10.000 Inmortales. Sin embargo, no existe unanimidad a la hora de la datación de este palacio: se habla bien de Darío I (cf. E. Haerinck: "Le palais achéménide de Babylone" *Iranica Antiqua* 10 (1973), pp. 108-132) o bien de Artajerjes II (cf. F. Vallat: "Le palais d'Artaxerxes II à Babylone", *NAPR* 2 (1989), pp. 3-6).

(con dos usurpadores nativos al frente), la represión y la destrucción por parte de su antecesor, su hermano Jerjes<sup>49</sup>.

La arqueología demuestra que la capital babilónica no sufrió grandes transformaciones bajo el dominio persa, aunque sí cierto deterioro en algunos de sus edificios. La ciudad, desde el punto de vista urbanístico, era la misma que había levantado la dinastía babilónica en el siglo VI a.C., pero convertida en una entidad un tanto disminuida y distante de aquella que había sido concebida como el centro del mundo. De ella, Heródoto nos dice que tenía una planta cuadrangular dividida en dos sectores por el río Éufrates y delimitada por una muralla de excepcionales dimensiones (120 estadios de lado)<sup>50</sup>. En uno de estos sectores se encontraba el santuario consagrado al dios Zeus Belo, en cuya zona central "...hay edificada una torre maciza de un estadio de altura y otro de espesor; y sobre esta torre se levanta otra torre, y otra más sobre ésta, hasta ocho torres. Y la subida a ellas está construida exteriormente y en espiral alrededor de todas las torres, y hacia la mitad de la subida se encuentra un rellano y unos asientos para descansar, donde se sientan y descansan los que suben. Pero sobre la última torre hay una gran capilla, y en la capilla hay una gran cama ricamente dispuesta y a su lado se encuentra una mesa de oro."<sup>51</sup> Éstas son, según Heródoto, las principales características de la Torre de Babel. Su descripción se ajusta bien a lo que debió ser, en líneas generales, el emblemático monumento, aunque hay notables imprecisiones; éstas pueden estar en parte justificadas si, como nos informan Arriano y Estrabón, la torre que pudo ver el historiador de Halicarnaso estaba muy deteriorada a causa de la destrucción provocada por Jerjes con motivo de la sublevación de la ciudad hacia 484-481 a.C.<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> Estrabón (XVI, 1, 5) atribuye al rey Jerjes la destrucción del zigurat de Babilonia, mientras Heródoto (I, 183) le responsabiliza del saqueo del templo de Marduk. Sobre la escasa documentación cuneiforme relativa a este reinado véase A.L. Oppenheim, *op.cit.*, 1985, pp. 565-567 y sobre el libro XVI de la *Geografía* de Estrabón véase N. Biffi: *Il Medio Oriente di Strabone*, Bari 2002.

<sup>50</sup> Historia, I, 178.

<sup>51</sup> Heródoto, I, 181, 3-5.

<sup>52</sup> Arriano, *Anábasis*, XVII, 2 y Estrabón, XVI, 1, 5. Sin embargo, algunos historiadores consideran excesivo afirmar que Jerjes destruyó completamente los santuarios de Babilonia, cuya vitalidad ulterior está bien documentada hasta época helenística. En este sentido, véanse P. Briant: *Histoire de l'Empire Perse*, Paris 1996, pp. 561-562 y A.

El relato herodoteo sitúa la Torre de Babel dentro de un santuario dedicado a Zeus Belo; éste no es otro que el Esagil, el recinto sagrado de Marduk, la gran divinidad babilónica<sup>53</sup>. En su zona central se levantaba una torre maciza (un *ziqurratu* o templo-torre<sup>54</sup>) de planta cuadrada de 177'60 m de lado, aunque sabemos por la arqueología y la documentación cuneiforme que su base apenas superaba los 91 metros<sup>55</sup>. Sobre la altura concreta del edificio, Heródoto no se pronuncia, sólo habla de la existencia de ocho pisos superpuestos, a pesar de que la tablilla del Esagil indica que éste estaba compuesto por seis pisos y un templo alto<sup>56</sup>. Los accesos al monumento se realizaban, como bien indica el viajero griego, por el exterior y en forma de espiral. Sin embargo, esta última indicación es imposible de verificar, por lo que ha sido objeto de numerosas especulaciones en las diferentes propuestas de reconstrucción de la Torre babilónica<sup>57</sup>. La arqueología ha sacado a la luz un sistema de escaleras en forma de "T" en la fachada meridional de la torre, pero desconocemos hasta qué altura conduciría. Además, según algunos investigadores este esquema ya no estaría en uso en época de Nabucodonosor II<sup>58</sup> debido al nivel hídrico. Pese a este problema crono-estratigráfico, no podemos

---

Kurth-S. Sherwin-White: "Xerxes' destruction of Babylonian temples", en H. Sancisi-Weerdenburg-A. Kuhrt (eds.): *Achaemenid History II*, Leiden 1987, pp. 69-78.

<sup>53</sup> La identificación de Zeus con Marduk es evidente y lógica para un griego. Pero además, Belo procede sin duda del babilonio Bêl ("Señor"), que era otro nombre de Marduk, sobre todo durante las épocas Neobabilónica y Babilónica Tardía (cf. F. Joannès: "Marduk", en: *Dictionnaire de la civilisation mésopotamienne*, Paris 2001, pp. 493-494).

<sup>54</sup> CAD, Z, 129, s.v. *ziqurratu*.

<sup>55</sup> H. Schmid, *op. cit.*, 1995, plano final.

<sup>56</sup> A. George, *op. cit.*, 1992, pp. 117. La tablilla del Esagil no cita textualmente el sexto piso por olvido o error del escriba. Habitualmente, entre las líneas 41 y 42 del texto los asiriólogos suelen restituir una línea con las medidas del sexto piso (cf. A. George, *op. cit.*, 1992, pp. 431-432). La línea 42 señala la existencia del *kišsu elû* o capilla alta (el séptimo piso) y del *šahuru* (azotea o capilla de la cumbre). Esta descripción ha dado lugar a un debate sobre un zigurat de Babilonia con siete u ocho pisos (como afirma Heródoto I, 181). En nuestra opinión, el texto cuneiforme hace referencia a un templo de la cima con dos niveles: una planta baja y un piso superior. La torre constaría, por tanto, de seis pisos o terrazas y un templo.

<sup>57</sup> H. Schmid, *op. cit.*, 1995, pp. 29-40.

<sup>58</sup> G. Bergamini: "Fouilles récentes et projets. La mission italienne, 1974-1989", en B. André-Salvini (dir.): *Babylone*, Paris 2008, pp. 529-530.

descartar, la existencia de un sistema de acceso mixto, es decir, el esquema en “T” hasta una cierta altura del monumento y, a continuación, un recorrido en espiral (como afirma Heródoto) o de rampas en zig-zag en los pisos superiores.

Heródoto concluye su relato sobre la Torre de Babel haciendo referencia al tipo de ritual que debió practicarse en este edificio (usado como morada nocturna de la divinidad), así como en el templo de Zeus-Marduk que se construyó en sus inmediaciones. Ante la falta de datos obtenidos por su propia experiencia visual, el historiador heleno nos indica que ha recurrido a la información proporcionada por los sacerdotes caldeos; aunque de ellos afirma, con un evidente sentido crítico, que “sus palabras no son dignas de crédito” o que “simplemente repito lo que dicen los caldeos”, pues “yo no lo he visto”<sup>59</sup>. Sobre la función del templo de la cumbre de la torre afirma que: “... el dios en persona visita la capilla y duerme en la cama, de la misma manera que sucede en Tebas de Egipto...”<sup>60</sup>.

Sin embargo, a pesar de su escepticismo, tanto el *Enuma Elish* como la tablilla del Esagil avalan, al menos en parte, los relatos que le facilitaron los sacerdotes caldeos a Heródoto. En la tablilla VI del *Poema de la Creación* se puede leer que el templo-torre de Babilonia albergaba una morada para Marduk, Enlil y Enki, edificada en un santuario cuyo nombre era: “He aquí, una cámara para nuestro descanso nocturno”<sup>61</sup>. Y, por su parte, la tablilla del Esagil, se refiere a la presencia en la parte occidental del templo de la cima del Etemenanki de una cama y un trono para Marduk<sup>62</sup>.

Esta actitud crítica del historiador de Halicarnaso está sin duda influenciada por esa tendencia griega de juzgar otras culturas y costumbres según su grado de desviación respecto a la conducta social típicamente helena. El objetivo parece claro, a saber: demostrar las divergencias existentes entre las prácticas de las comunidades bárbaras, de un mundo ajeno, y aquellas que constituían las señas de identidad de la civilización griega. No por ello, Heródoto deja de ser una fuente útil para la historia de Mesopotamia. Bien al contrario, sus relatos son de gran valor para el

---

<sup>59</sup> Historia, I, 182, 1 y 183, 3.

<sup>60</sup> Historia, I, 182.

<sup>61</sup> En la tablilla VI, 51-64 (cf. J.B. Pritchard: *La sabiduría del antiguo Oriente*, Barcelona 1966, p. 44).

<sup>62</sup> A. George, *op. cit.*, 1992, p. 117.

estudio de algunos aspectos de la historia de los últimos imperios mesopotámicos, esto es, de Asiria y Babilonia.



Fig.1: Restos del zigurat de Birs Nimrud/Borsippa (foto: Oriental Institute, Chicago).



Fig. 2: Zigurat de <sup>c</sup>Aqarquf/Dur-Kurigalzu (foto: J.C. Margueron).



Fig. 3: Núcleo de adobe del zigurat de Babilonia o Etemenanki (foto: H. Schmid).